

La vertiente ética la reconducen a una esfera individual: el Estado —afirma Cubbedu— no ha de proponerse finalidades éticas, sino que éstas caen en una responsabilidad individual. Son los comportamientos individuales los que están sujetos a normas morales y quien las ignora viene expulsado del sistema de cambios.

De aquí que se reclame una función social del empresario (Infantino), que utiliza el mercado como un sucesivo descubrimiento de ocasiones de servir al consumidor, muy al contrario de las situaciones de intervencionismo, tan propicias a la corrupción. Por otro lado, la transmisión de la información, la corrección continua de los desequilibrios, la transformación y el progreso imponen una metodología a la que no pueden llegar los intervencionistas (Martino).

En los trabajos de Ridolfi y Tagliagambe hay un intento de relectura de las diversas aportaciones de las escuelas económicas desde una perspectiva ética, eliminando las visiones reductivas del *homo oeconomicus* y apostando por una competencia que no excluya la colaboración, difícil campo al que intenta contribuir este libro.

V. Ferrero

Vittorio POSSENTI, *Oltre l'illuminismo. Il messaggio sociale cristiano*, ed. Paoline, Turín 1992, 270 pp., 13,5 x 21

El autor, profesor de filosofía moral en la Universidad de Venecia, es un buen conocedor de la materia que está tratando. Muestra de que su preocupación viene de tiempo, es la interesante e iluminadora entrevista hecha en 1978 al entonces Cardenal Wojtyła, que se recoge al final del libro. En ella, donde las respuestas se dieron por escrito y que ha permanecido sin publicar por su poste-

rior elección como Papa, se manifiesta la convicción de un necesario impulso al mensaje social, que luego se ha concretado en las tres encíclicas sociales de Juan Pablo II y en tantas otras intervenciones.

El libro, que está en la línea de ese renovado impulso, parte de una idea previa: la sociedad occidental está profundamente permeada por la tradición cristiana, a la que más recientemente se le ha unido el iluminismo liberal. Sin entrar en un análisis histórico, se plantea cómo afrontar el camino a seguir cuando los principios que mueven la economía y la política se muestran insuficientes para solucionar cuestiones como el destino universal de los bienes de la tierra, que implica una adecuada teoría ética de la propiedad, o los mismos derechos del hombre.

A la hora de solucionar estos temas, se ve necesaria una filosofía social que oriente las soluciones. Y ya que las doctrinas políticas y económicas surgidas del iluminismo, con su carga de una estrecha concepción de la racionalidad económica, del esquema utilitarista del *self-interest*, de democracia y libertad como obediencia sólo a sí mismo y su silencio sobre la solidaridad, no ofrecen soluciones aptas, se reproponen principios de la doctrina social de la Iglesia, que recogen esa tradición cristiana.

Tras unos capítulos previos sobre la naturaleza y el alcance de la DSI, el discurso se dirige a cuestiones como la economía de empresa, la justicia social y el destino universal de los bienes, los fundamentos antropológicos de los sistemas económicos, la condición de la ética pública, la relación entre democracia y cristianismo, los derechos del hombre, etc.

Se presta una especial atención a la caída del marxismo y de los sistemas de socialismo real, que abren la posibilidad de ofrecer ideales más altos que los del iluminismo, de superarlo conservando

sus aportaciones positivas y, en especial, de conferirle un nuevo espíritu.

V. Ferrero

Lucinio RUANO DE LA IGLESIA, *El misterio de la Cruz*, B.A.C., Madrid 1995, 191 pp., 10,5 x 17,5

En este nuevo volumen de la colección «BAC minor», el P. Lucinio Ruano nos brinda una interpretación personal del breve poema «Un pastorcico, solo, está penado...», de san Juan de la Cruz. Con ella quiere mostrar «la riqueza que encierran unos versos sencillos del Santo en esa clave teológica en que fueron compuestos» (p. IX): es decir, como «alegoría del amor de Cristo a las almas y de su muerte en la Cruz», máxima revelación del misterio del pecado y del aún mayor misterio del amor doliente de Dios al hombre.

A partir de este punto de vista teológico-espiritual, el experto sanjuanista se permitirá cuestionar «los planteamientos hechos por estudios desde la vertiente literaria al origen de estos versos» (p. IX). Y es que se ha trabajado mucho ya en torno al hipotético poema profano que estaría en la raíz del «Pastorcico». El P. Ruano, frente a Dámaso Alonso y la generalidad de aquellos expertos, rompe una lanza en favor de la total originalidad sanjuanista del poema, negando o minimizando la postulada paternidad de Sebastián de Córdoba, una hipótesis a la que califica de «hospicianismo».

Cristo, Buen Pastor, es la idea central de la composición. A ella se entrega el comentarista, una vez abordadas las necesarias cuestiones en torno a la génesis de estos versos, en su vertiente histórica, cultural y bíblica (cap. I-III). Los capítulos IV-V (la mitad del libro) son propiamente el comentario teológico al poema. La materia de esta última parte

está dividida según el binomio, tan propio del Doctor Místico, de noche/vigilia pascual. Subyace aquí un profundo conocimiento de San Juan de la Cruz; y es oportuna esta doble perspectiva para sacarle del encasillamiento en que se ve confinado a veces, como autor negativo y oscuro, en razón de la repetida negación que es el cañamazo de sus obras primeras. Por el contrario, Ruano afirma decididamente: «es bien posible que de tres cuartas partes de cuanto escribe fray Juan de la Cruz (descontada la *Subida*, por lo que se entretiene en provocar y preparar esta vuelta) lo ocupen, como un solo tema, las delicias de la Unión» (p. 187).

Dentro del propio «Pastorcico», afirma Ruano, «en una primera parte se describe el drama; en la segunda, al final, se deja abierta la epopeya» (p. XIII). El drama (las cuatro primeras estrofas) «encierra todo lo que denominamos historia colectiva e individual de las relaciones de Dios con el hombre, y viceversa»: por un lado, «la más inimaginable pasión de amor de cualquier enamorado, como pudo ser la del amor en el Hijo de Dios», «la cifra más estilizada de la Redención y del Evangelio, Presencia y Oferta operantes del Amor de Dios con nosotros» (p. XIV). La escena final es la del Pastor-Cristo, extendiendo sus brazos en la cruz, e interpellando al lector para que trace en su vida la «estrofa sexta» de respuesta que no escribió el Santo.

En este alarde de sabiduría sanjuanista, el P. Luciano se inspira en Von Balthasar, K. Rahner, Luis de León, Edith Stein... y en los expertos actuales en el Santo, señaladamente Max Milner; pero, sobre todo, en el conjunto de lo que escribió el propio Doctor Místico. En realidad, el comentario al «Pastorcico» de los cap. IV-V es una buena ocasión de presentar todo el panorama de la *theologia crucis* de fray Juan. La concisión del poema, además de hacerlo muy sugerente